LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

En Barcelona: Kiosko «EL SOL», Rambla de las Flores
(FRENTE A PUERTAFERRISA)

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDESA DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, núm. 7. Madrid.

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

Pídanse precios de publicidad en "LA HOJA DE PARRA,, á la Administración, Mendez Alvaro, 2, Madrid.

MANUEL GONZALEZ

SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO

MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo**. De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

Fotograbado de A. VAZQUEZ

Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.

AÑO I. **Madrid, 5 de Agosto de 1911.** **NÚM. 14.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
¿Cuál?
ALEJANDRO LARRUBIERA
Las píldoras de la felicidad.
J. LÓPEZ PITA
El arte por el arte.
EL CONFESONARIO
Artículos de MARI-FERNY y GORDITO
A. HERNÁNDEZ-CATÁ
La Celestina.
RAMÓN ASENSIO MÁS
Humoraditas.
LUIS BOTIVARDO
Competencia de sexos.
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO
La virtud de la indiscreción.
NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR
Nocturno.
CHISMES DE LA SEMANA, etc.
CYRANO, SANTIESTEBAN y ALFONSO
Caricaturas y retratos de la «Preciosilla», Luisa Gonzálvez, Mari-Ferny, Sherezaida, Parmeno, Gordito, Un «greco-romano». Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



LA «PRECIOSILLA»

Hermosa y gentilísima artista de «varietés».



La cosa se endereza.

Desde que no hay Consumos
—por mi fortuna—
vivimos en la corte
mejor que nunca,
pues las autoridades
con mano dura
nos han enderezado
la cosa pública.

Gracias á los comercios
y á las industrias,
que ya no nos explotan
ni nos estrujan,
bajaron las legumbres
y las verduras;
y así nos enderezan
la cosa pública.

Carnes, pescados, aves,
quesos y frutas,
nos hacen que admiremos
su baratura,
pues —no habiendo Consumos
que nos consuman—
se nos ha enderezado
la cosa pública.

Que vivimos en Jauja
se nos figura,
porque, en verdad, estamos
mejor que nunca;
las clases proletarias
gozan y triunfan,
porque se ha enderezado
la cosa pública.

Todavía hay personas
que refunfuñan,
encontrando mezquina
tal baratura;
y entre millares de almas
niegan algunas
que se nos enderezca
la cosa pública.

De que sí se endereza
no cabe duda;
pero hay gentes tan cortas
y tán obtusas,
que no ven que á la postre
—por mi fortuna—
se nos ha enderezado
la cosa pública.

«¿Cómo viven ustedes?»,
se les pregunta;
y ellos dicen: «¿Nosotros?
¡Peor que nunca!»
Y es que á esos maldicientes
se les figura
que no nos enderezan
la cosa pública.

Gentes menguadas, torpes,
ciegas é ilusas:
vuestras frases de enojo
son bien injustas,
pues las autoridades
con mano dura
nos han enderezado
la cosa pública.

Cantad en vuestras jaulas,
cantad, criaturas:
«Gloria in excelsis *dedos!*
y Súrsum *curda!*»
Desde que no hay Consumos
—por mi fortuna—
veo que me enderezan
la cosa pública.

Que las autoridades
con mano dura
denuncien los comercios
y las industrias
que quieran explotarnos,
¡para que nunca
se nos afloje ó tuerza
la cosa pública!

Carlos Miranda

¿CUÁL?

Se hablaba de un marido engañado y, según costumbre, todo eran burlas para la víctima y plácemes para el burlador.

—No os mofeis tan sin juicio de un hombre que ignora su engaño—dijo uno de los circunstantes—; no le apliquéis el astado calificativo. Mejor haríais aplicándoselo al amante de su mujer.

—¿Al amante?...—interrumpió otro de los contertulios con tono de asombro.

—Al amante, sí. En la mayoría de los casos, y cuando el esposo no sabe su deshonra, no es él, sino el amante, quien merece el calificativo.

—¿De veras?...

—De veras. Y para que no tengáis dudas respecto de mis afirmaciones, os referiré un suceso del que fuí ridículo protagonista.

—Venga de ahí.

—Allá va—repuso.

Y luego de hacer una pausa, invertida en liar un pitillo, encenderlo, llevarlo á la boca y lanzar al espacio unas bocanadas de humo, nos refirió la siguiente historia que puede titularse como yo titulo este cuento.

NUESTRAS COCOTAS



LUISA GONZALVEZ

Era yo estudiante; vivía en Madrid; usufructuaba, por el módico interés diario de tres pesetas, una casa de huéspedes y concurría todas las noches al café del Callao, no el actual, sino otro situado entonces en la plaza del mismo título y sustituído hoy por un almacén de géneros de punto.

En clase de *puntos*, y como precursores de los futuros destinos del establecimiento, frecuentábamoslo, cuando *ejercía* de café, cinco ó seis jovenzuelos que, á puro entramparnos con el mozo, podíamos saborear sendas tazas de agua de achicorias con almidón y azúcar. ¡Dichosos tiempos aquellos en que el paladar y el estómago aceptaban como indiscutible *moka* aquel brebaje!... ¡Oh santa cándidez de la juventud! ¡Cuánto te echo de menos cuando me dan café con leche y otras cosas por el estilo!...

En una mesa próxima á la nuestra, tomaban á diario asiento una mujer y un hombre que constituían la pareja más desigual vista por ojos humanos en el mundo.

Ella era alta, airosa, morena, con los ojos muy negros, los labios muy rojos y los dientes muy blancos; frisaba en los veinticuatro años y tenía la gracia por arrobas y la hermosura por quintales. El hombre parecía un sapo vestido de americana y sombrero hongo. Corto y estevado de zancas, chico y panzudo el cuerpo, groseras las manos, aplastada la nariz, descomunal la boca y saltones los ojos, pusiérasele junto á un charco, diérase á espaldas suyas una voz y es seguro que, tras recogerse sobre las corvas, se zambulliría en el agua ni más ni menos que lo hacen sus *saponimos* al menor barrunto de peligro.

Aquella casi-diosa y aquel casi-sapo constituían un matrimonio canónico civil... y criminal, porque resultaba crimen mayúsculo la unión de hombre tan feo con mujer tan bonita. Pero, ¡qué hacer!... La muchacha estaba en la miseria, el sapo tenía catorce mil reales de sueldo, y los catorce mil fueron entonces para Julia el tesoro ofrecido por el enano del cuento á «La Bella del bosque». Julia casó con don Amadeo y los dos iban juntos todas las noches al café del Callao.

Excuso deciros el efecto que la presencia de aquella hermosísima mujer produciría en el grupo escolar. Todos enfilamos nuestras baterías contra la plaza; todos trabamos amistad con el ridículo marido y á los

ocho días éramos sus contertulios y tomábamos asiento en una mesa y hasta permitíamos que nos pagase el café, de vez en cuando, por supuesto.

¡Poco nos reíamos del pobre señor, que sobre feo era tonto de capirote! Estúpido como una carpa y tímido como una liebre, resultaba un predestinado. Yo tuve la suerte de cumplir la predestinación.

Al mes de conocernos, Julia y yo entablamos íntimas relaciones sin que el marido se enterara ni mis compañeros tampoco.

Empleado don Amadeo en una casa de banca, donde entraba á las once de la mañana para salir á las seis de la tarde, disponíamos Julia y yo de tiempo sobrado para nuestros goces y estábamos seguros de no ser sorprendidos nunca. El marido salía de su casa á las once menos cuarto y yo entraba á las once y media; él entraba en su casa á las seis y media y yo salía á las seis menos cuarto. Cumplióse el turno de horas rigurosamente; ni una vez dejé yo de entrar y salir á las mías, ni una discrepó él en las suyas... ¡Pobre hombre! De no causar risa hubiese producido lástima.

Así transcurrió cerca de un año; don Amadeo ignorante de su desgracia, Julia feliz con mi cariño, y yo encantado de su hermosura...

Una mañana, serían las doce menos cuarto, acababa yo de entrar en casa de Julia, y sentado junto á ella registraba con ojos y manos curiosos el descote de su bata, en la que por un afortunado descuido había dejado sin abrochar los primeros botones. Julia, apoyando sus preciosas manos en mis hombros, me escuchaba con la cabeza caída hacia atrás... En aquel instante llamaron á la puerta de la calle, situada enfrente de nosotros, y oímos con perfecta claridad la tos asmática de don Amadeo.

—¡El!—exclamó Julia con espanto.

—¡El!—murmuré yo con más espanto que ella. Porque aquel sapo, aquel ente ridículo, aquel tío grosero, aquel empleadillo pusilánime de quien me había burlado tantas veces, me inspiraba entonces un miedo invencible. Era el dueño de la vivienda que yo deshonraba; el amo de la hermosura que yo á espaldas suyas poseía; el representante del hogar y de la ley... Yo era el ladrón de su honra, el salteador de su ventura, y me sentí cobarde, al igual de todo bandolero sorprendido en su obra.

—¡Escóndete! ¡escóndete!—me gritó Julia todo cuanto puede gritarse con un soplo de voz.

—¿Dónde?

—En cualquier parte... Ahí mismo... Debajo del sofá.

El sofá era muy largo, pero muy bajo; pasé horribles apuros para meterme dentro de él, y apenas había concluido de hacerlo, cuando Julia abrió la puerta y don Amadeo apareció en la sala.

—He olvidado unos papeles —dijo sonriendo con bondad suma— y vengo á buscarlos; están aquí, en el cajón del escritorio.

Y sacando del cajón el legajo olvidado, lo metió en su bolsillo y se quedó mirando á su esposa:

—¿Sabes que estás guapísima?— exclamó dirigiéndose á ella y cogiendo con sus manos burdas la barba redonda de su mujer.— ¿Qué has hecho esta mañana, chiquilla, para tener esa cara tan hermosa?

Efectivamente, Julia estaba hermosísima; el azoramiento de la sorpresa había coloreado sus mejillas, sus ojos brillaban humedecidos por una lágrima que no se atrevía á brotar; estremecíase su cuerpo nerviosamente, y su pecho, mal encubierpor la desabrochada bata, se alzaba y se deprimía á impulsos de su febril respiración.

—¡Nada, nada, guapísima!—repitió don Amadeo rodeando el talle de Julia con sus brazos y empujándola hacia el sofá.

Así siguió el coloquio. En vano quiso ella interrumpirlo. Don Amadeo juró y perjuró que no se iba sin terminarlo; y el coloquio tuvo que correr todos sus trámites, mientras yo me mordía los puños con rabia.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando salí de debajo del sofá cubierto de polvo, aplastado el sombrero, deshecho el traje, pálido el rostro y avergonzada el alma, no miré á Julia. Ella no se atrevió á mirarme tampoco... Abrí la puerta, gané de un salto la escalera y me planté en la calle.

Julia y yo no hemos vuelto á vernos jamás...

Y ahora, señores, añadió nuestro amigo, á ustedes toca responder. ¿Quién estaba allí en ridículo? ¿Quién era el paciente, el resignado, el digno de mofa? ¿Quién merece el calificativo de rúbrica, yo ó don Amado? ¿Cuál de los dos?...

Joaquín Dicenta

LAS PÍLDORAS DE LA FELICIDAD

Has de saber, lector, que la acción de esta historia pasa en un reino cuyo nombre es el de Venusia, y que su monarca, Bolín VI, pasábase las noches en claro y los días en turbio, leyendo cuantos tratados de medicina se han escrito—y son algunos—desde Hipócrates á la fecha.

A medida que avanzaba en la soporífera y espeluznante lectura, íbase quedando el hombre más flacucho, descolorido y tristón que amador desdeñado; cayósele el pelo, perdió las ganas de comer y sumióse en perpetua meditación y en perpetua melancolía, con asombro y desconsuelo de sus cortesanos.

Bolín VI buscaba en los libros de medicina el remedio oportuno para contrarrestar el desastroso influjo de los años, puesto que ya frisaba en los sesenta.

Para tal monarca era griego lo de que «á la vejez sopitas y buen vino»; no, él no se resignaba á seguir tan prosaica receta... Para algo era rey y por algo gozó siempre fama de conquistador... amoroso. Y quien tal es, no se aviene á hacer alto en la florida senda del placer: ese descanso debe tomarlo cualquier pelafustán, no un señor coronado que siente hervir la sangre y se le encandilan los ojos al contemplar una mujer hermosa.

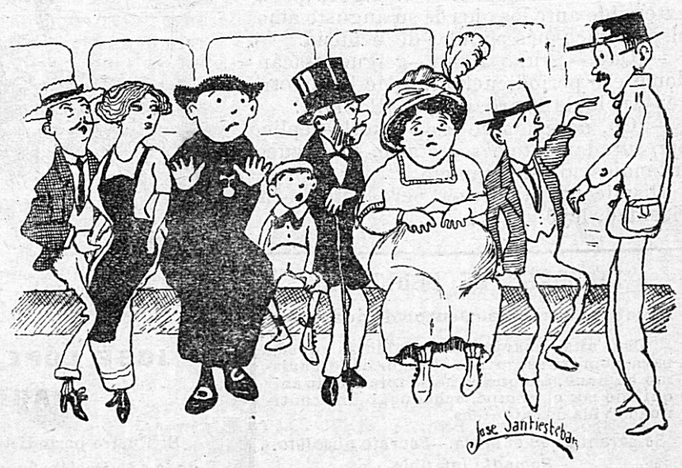
Sí, rigiendo la nave del Estado, fué el piloto más desmañado y apático de los que tales naves rigen, en cambio su nombre significaba, en su reino y fuera de él, lo que para nosotros el de don Juan Tenorio.

Porque un don Juan gallardo, fastuoso y calavera, aventurero y decidor, pendenciero y afortunado fué el tal Bolín VI, y no hubo mujer que no se le rindiese, marido-tranquilo, novios sin temor, ni padres y hermanos confiados, en el territorio venusiano; sus actos como rey, maldito si se hacían notar en parte alguna; en cambio, sus aventuras traíanle á diario en boca de su pueblo; porque no era un hombre, si era verdad lo que decían sus súbditos: era una legión, un Tenorio elevado al cubo, porque el arriesgado don Juan empleaba sus tres mortales días en enamorar, conseguir y olvidar á una dama, y al famoso Bolín le sobraba para todo esto las tres cuartas partes del tiempo.

Claro está, lector mío, que como ni tú ni yo tenemos, á Dios gracias, el feo vicio de chuparnos el dedo, haremos una rebaja prudencial en lo que va dicho, que al fin y á la postre el pueblo es de suyo amigo de ponderar las cosas, máxime si estas se refieren á los que están sobre su cabeza.

Sea lo que fuere, el caso es que Bolín tenía bien asentada su fama de conquistador, ya que no de tierras, de mujeres, y

EN EL TRANVIA



UN VIAJERO.—Cobrador, esta señora dice que pare.
EL COBRADOR.—¡Oh!

la verdad, amarga como todas las verdades, es que el hombre llegó á ese punto en que á los calaveras les pasa lo que á los músicos viejos: que todo lo han perdido, menos el compás.

Para fortalecer su mínoso y gastado organismo, dió en la flor de leer libros y más libros de medicina, ya que ningún doctor en tal ciencia supo devolver á su decrépita persona lo que el tiempo y los vicios destruyeron; ridículo afán éste de los eternos amadores de Afrodita: conservar inacabable juventud.

II

Megaterius, el ilustre secretario de la cámara real, entró en el gabinete secreto de su majestad y, todo alborozado, después de las reverencias de rigor, puso extendido ante los ojos de su augusto amo el periódico más popular de Venusia.

—¡Qué!—gruñó Bolin—¿sigue atacándome ese periodicucho?... ¿Me llama otra vez Apolo de guardarropía? ¡Habla!...

—¡Oh, no; nada de eso, señor!—replicó apresuradamente el secretario.—Lea vuestra majestad este anuncio.

Displicente al parecer, pero lleno de curiosidad, leyó el rey:

PILDORAS DE FELICIDAD

inventadas por el Doctor Pindáricus.

Con estas maravillosas píldoras queda para siempre asegurado el vigor del organismo humano, aunque se halle totalmente aniquilado por el tiempo, achaques ó una continuada vida de galanteos.

Se garantiza su eficacia.—Secreto absoluto. Remedio infalible.

Dr. PINDÁRICUS.—Consultas: Avenida de la Libertad, 187.

Bolin VI, á la conclusión de la lectura ordenó á su secretario:—¡Tráeme en seguida á ese doctor Pindáricus!

No había transcurrido una hora, cuando compareció ante el monarca un hombrecillo tan seco y amarillo, que parecía una momia: era el doctor Pindáricus.

Como la entrevista entre ambos fué á puertas cerradas, perdonarás, lector, que que te guarde el secreto y que, amparándome en tu benevolencia, salte al próximo capítulo.

III

A los cinco minutos de tomar la primera píldora, Bolin VI púsose á bailar con loca alegría... El doctor Pindáricus no era un charlatán: su medicamento era prodigioso é incomparable.

Sintióse el rey rejuvenecido y dispuesto á proseguir sus hazañas.

Altivo y sonriente, llamó al gran chambelán de servicio, y después de hacer que le vistiera como en sus mejores tiempos, le dijo:

—Para esta noche organiza un banquete de los que tú sabes—y guiño los ojos.—Invita á las damas más hermosas.

. . . . . .

La noticia del inopinado banquete puso en conmoción á los cortesanos, y corrió como fuego sobre reguero de pólvora por la capital venusiana.

El pueblo, atónito y receloso, comentarió estupendamente el notición, pues ya se sabía que estos banquetes emulaban á los famosos neronianos; los hombres torcieron el gesto, y las viejucas murmuraban no sé qué espantosas historias de niños sacrificados para que su majestad bebiese su sangre humeante: remedio infalible para remozar cuerpos caducos: ¡un horror!...

Mientras, Bolin VI paseábase como un gallo por las amplias galerías de su real



JOSÈ LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

El ilustre periodista «víctima» estos días de la admiración femenina por su novela del toreo LAS AGUILAS.

mansión, forjándose las ilusiones más encantadoras.

—¡Oh famosas y nunca bien alabadas píldoras, tan propiamente llamadas de felicidad!... ¡Cuánta es la que me proporcionáis!... ¡Oh Pindáricus amigo, el más ilustre y el más sabio de los hombres!... Si tus píldoras ahuyentan el frío invierno, en que cayó mi persona, por la primavera florida he de erigirte, en el centro de la capital, una hermosa estatua que perpetúe tu nombre.

Tal pensaba su majestad, que, impaciente, requería con los ojos, animados por extraño brillo, las esferas de los relojes que encontraba á su paso.

Llegó el momento de celebrar el banquete. Las más hermosas mujeres de Venusia, las más encantadoras y amables, ataviadas con lujo espléndido, sentáronse á la mesa real; los músicos rompieron el grave silencio del palacio con los aires regocijados de una opereta muy en boga, y el soberano, locuaz y risueño, paseó sus ojos de milano hambriento sobre aquellas lindísimas y sugestivas palomas.

. . . . . .

¡Humana fantasía!... Deleznable ilusión de los mortales, que locamente levantas en el espacio rosados templos de placer, y cuando intentamos penetrar en su maravilloso recinto, nuestros pies se hunden miserablemente y nos vemos ridículos y maltrechos, caídos en el barro terrenal.

Viene tal apóstrofe, no por ganas de emplear lirismos trasnochados, sino para reflejar en parte el atroz desencanto que hubo de sufrir Bolin VI al llegar en el banquete á aquel punto en que empezaba la bacanal... Huyósele como por ensalmo la ficticia energía que animaba su caduco organismo; apagóse el brillo de sus ojos, trocósele la color rosada del rostro en la antipática de la calabaza cocida; flaqueáronle las piernas...

Furioso, con rabia de rey burlado y de hombre puesto en ridículo ante una porción de mujeres hermosas, barboteó una atroz maldición y ordenó con infinita sed de venganza que fueran á buscar al miserable embaucador que le había colocado en lance que nada tenía que envidiar á los de Prometeo.

Pindáricus presentóse ante su majestad solemne y frío, como si le importase un rábano la furiosa tempestad que le amenazaba.

—Señor —dijo impávido, sin hacer caso de los gruñidos y maldiciones de su regio interlocutor—: mis píldoras, como todos los remedios análogos, inventados y por inventar, sólo sirven para fingir momentánea juventud. Tú y todos los viejos rijosos pedís á la Ciencia lo que la Ciencia jamás podrá hacer, porque la maquinaria humana no es como la de los relojes, que si se estropean sus ruedas y se desgastan, pueden sustituirse por otras y continuar impávidos su marcha.

Dijo con valiente entonación el doctor Pindáricus, con gran asombro de los concurrentes, anonadados por la dura lección que el hombrecito daba á su soberano.

Alejandro Larrubiera

EL ARTE POR EL ARTE

—...Porque no, porque no quiero,
porque no me da la gana.
Porque yo soy muy decente
y no me gusta que salgas
así á la escena. ¿Te enteras?
¡Eso sólo te faltaba!...
—Pero, Paco, ven acá,
¿no ves que saldré con mallas?
—¿Y á mí qué? ¡Como si sales
metida en una coraza!
¿Te parece á ti correzto
que una hembra... casi casada,
como tú, enseñe las formas
luciéndolas en las tablas?
Vamos, que tiés unas cosas.
¿Y el pudor? ¡Qué poca lacha!
—Es que te pones de un modo,
que no quiés comprender nada.
Se trata de la obra nueva
que se va á dar en Eslava.
—No, que va á ser del Congreso
Ucarístico del Papa.
—Bueno. ¿Y qué? ¡Si yo no enseño
la carne, ni enseño nada,
y además, que cada noche
me darán cuatro beatas
en vez de los ocho reales
mezquinos que ahora me pagan...
—¿Has dicho cuatro pesetas?
¿Y por qué te lo callabas?
... Mira, sal como tú quieras
y no me dés más la lata...
y si te dan seis pesetas
sal... aunque sea sin mallas.

J. López Pita.



El confesonario

MARI-FERNY

Aquí me tienen ustedes dispuesta á dar una nota discordante y á arrostrar, si es preciso, «la ira popular».

Yo no soy una coupletista como casi todas las coupletistas. Yo soy una chica muy recatadita y muy formal, que apenas empezaba á vivir tropezó con su media naranja y se unió á ella, y que, claro, por eso no ha tenido ni una sola ocasión en que pecar.

En cuanto á lo que es y debe ser este Arte nuestro, ya lo creo que tengo cosas que decir; pero de tal calibre algunas, que casi no me atrevo á lanzarlas todas, porque va á desatarse contra mí una tormenta...



MARI-FERNY

Figúrense ustedes que me repugna la pornografía y, naturalmente, los que á falta de un poco de arte y de ingenio para vivir, se echan en brazos de ella.

Yo llevó algún tiempo viviendo de mi trabajo por esos escenarios de Dios y he podido observar muchas cosas.

Al público, al verdadero público que tiene conciencia de lo que ve, no le gustan las exageraciones. Mucho más que «ver claro» le gusta adivinar. Hace muy bien. A mí, si fuese hombre, me pasaría lo mismo, porque siempre «es» mejor lo que se adivina que lo que se ve. Levantarse la falda con coquetería es artístico; salir en malla es indecente.

En cuanto á las artistas que lo son, todas, si se las da á elegir, prefieren un público culto en que haya señoras, que ése que suele frecuentar algunos «cines» madrileños, y que brama y escandaliza y rebuzna. ¡Cuánto mejor es para nosotras el que se fija en el corte del vestido que el que quiere medir con los ojos el grueso de la pantorrilla!...

... Pero todas estas lamentaciones ya sé que caerán en el vacío. Mientras haya empresarios, y no han de faltar, habrá artistas improvisadas que se presten á todo, y habrá público que vaya á verlas y á aplaudirlas, si á mano viene. ¡Cómo ha de ser!

Y ahora caigo en que antes de poner punto á este artículo (¡!) tengo que decir cómo me gustan á mí los hombres. ¡Ay, ay, amigo director de La Hoja de Parra!; me parece que yo no hago á ustedes tan transcedental declaración. Tengo mis opiniones, naturalmente; pero, hijo, no puedo exponerlas, porque me expongo á que me señale el «gachó» que va á mi vera por esos mundos... Y la verdad, tengo en un aprecio loco mi palmito.

María Fernández
Mari-Ferny.

GORDITO

México fué la capital donde comencé á ser torero y á ser amado, allá por el año de 1904. Yo no sé cuántas novias tuve y las cosas que me sucedieron con ellas. Muchas, muchas...

Cuando vine á España traía un poco cartel y aquí me hice otro poco rápidamente, y entonces fué el delirio. Tuve tantas solicitudes como Machaquito... Rubias unas, pelirrubias otras, morenas las más. La verdad es que yo no puse muchos obstáculos al color del pelo. ¿Quién Dios se fija en eso cuando es joven y fuerte? A cierta edad todas las mujeres le parecen á uno guapas; á todas las cree sanas, y ¡qué caramba! acaso lo son y lo están; la preocupación es lo peor en este mundo.

Escribir una por una todas las aventuras que he tenido sería tarea larga y pesada y además me llevaría á formar un libro que ni las memorias del «Vivillo».

Voy á citar dos, aun que muy brevemente. Una fué en el tren una tarde del mes de Agosto. Me salió al paso en una estación una señora á quien yo no conocía, y quieras que no me hizo que me fuera con ella á un coche de primera. En Agosto y con una mujer ¡figúrense ustedes lo que sudaría!

Con lo blando del asiento,
la calor y el movimiento
hicimos frases de amor
con vehemencia y con valor.
Luego se acercó la noche
y la obscuridad del coche
más nos brindaba al edén
de esta aventura del tren.
Nos escribimos sin cesar
unos meses nada más,
y todo á la historia pasó
y aquí el caso concluyó.

Y perdonen ustedes que el verso me haya salido un poco desigual, pero qué diablo, es mío y le he escrito sin apuntador.

Otra aventura fué no hace aún mucho tiempo en Santander. Una señora ó señorita, vaya usted á saber, que me vió torear y se emperró en quererme, y me escribió una carta «deliciosa» citándome en Palencia.

Yo no acepté, es claro, porque lo del viaje era demasiado; pero la señora apretó lo que pudo hasta que se convenció de que me había quedado sordo y no oía sus lamentaciones...



PEPE CARMONA

En fin, todo esto es «guallaba». Simpatías, ni afectos siquiera, que se van con la juventud y con el traje de luces y que á veces ni el recuerdo nos dejan.

Yo que soy ya un hombre formal, y por esto un poco filósofo, y no concedo importancia á estas cosas. La verdadera aventura es el matrimonio, porque es para siempre. Yo ya pasé por ella, y desde aquel día olvidé el pasado y me dediqué á vivir en paz y en gracia de Dios, más honrado que una Lucrecia.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de las señoras y señoritas que pudieran querer algo conmigo, porque, ¡qué demonio! todavía tiene uno «un ver» regular, y no conociendo mi decisión no era difícil del todo el escurrirse...

José Carmona
Gordito

LA CELESTINA

Contábanse sus tristezas y sus alegrías y sus pensamientos y sus impresiones. Se lo contaban todo.

Por una de esas mil varias circunstancias que en la batahola de la vida llevan y traen á las personas, hacia algún tiempo que no se habían visto, y hoy, al encontrarse de nuevo, ambas pretendían ser la primera en contar á la otra lo á ella sucedido en el lapso de tiempo de la ausencia, suspendiendo á veces el diálogo para entregarse, con alocamiento adorable, á demostraciones de cariño en las cuales desperdiciaban sensiblemente miriadas de besos de sus boquitas rojas. Eloísa, la más joven y alegre (y hay que advertir que su interlocutora no contaría más de veinte años), refirió, salpicándolas con comentarios áticos, las mil futilezas que á una señorita, cuya inseparable vigilante y preceptora es una *miss* que confiesa sus cuarenta otoños, pueden ocurrirle, y Fuensanta, después de oir arrobada su narración, le dijo mientras quitaba con brusco, nervioso movimiento, una crencha negrísima separada del resto de los rizos, y caída al desgaire sobre su frente de blanca realeza:

—¿Y es eso todo lo que te ha sucedido?... ¡Valiente soseria... si me vieras á mí!...

Hubo primero fórmulas y juramentos de silencio; lágrimas y consuelos preliminares; petición del nombre del galán, exabrupto horroroso de la indiscreción femenil; negación de éste; cargo sobre la falta de confianza; descubrimiento y nueva ocultación del apellido; y por último, después de algunos suspiros de interpretación casi imposible, tomó Fuensanta la palabra é hizo uso de ella con voz apagada por lo misterioso de la entonación, pero simpática y dúctil, con arrebatos y con cadencias, fieles reveladoras de los sentimientos que iba narrando. Eloísa oía.

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

—Mira, yo le conocí casualmente; nos le presentaron en la reunión de las de Armengol, y á todas nos fué muy simpático por su trato y por su figura (es moreno, alto, con bigote negro ¿sabes?) Tocó admirablemente algunas cosas en el piano, y después papá le cogió por su cuenta al saber que era músico novel y no le dejó con su melomanía en toda la noche, al término de la cual le dijo, á tiempo que nos despedíamos: «No hay que apurarse, joven; yo creo que la primera condición necesaria de artista luchador es la pobreza; no se aflija usted, que si usted vale, como creo, malo será que no podamos ayudarle.» Y nos fuimos á casa. Yo te juro, y puedes creerme, que aquella noche ni me fijé en él... Entonces me andaba haciendo números Pepito Togores.

—A quien le diste calabazas.

—Sí, bueno, y á Manolo Tolosa después. Pero volvamos á mi cuento. La ayuda de papá no se hizo esperar, ¿y á que no sabes en cuál forma? Pues como no le podía ofrecer dinero ni otra cosa por el estilo, va ¿y qué hace? Le nombra de la noche á la mañana mi profesor de música, y ahí tienes tú á Fuensanta muerta de vergüenza ante su nuevo preceptor, el cual, como para azorarme más, me dice, á guisa de presentación: «Mire usted, Fuensanta, nosotros somos dos amigos: usted es lista y tiene condiciones, por lo cual yo, fiando más en su talento que en mi suficiencia, prometo á su padre el gran resultado que de estas lecciones espero...» Chica, te aseguro que en cuatro ó cinco días no di pie con bola; en el sexto fué donde logré empezar á soltarme. Para abreviar: á los quince días fuimos dejando á un lado la etiqueta; á los veinte noté (ya sabes que esas cosas nunca nos pasan desapercibidas) que yo le gustaba á Ernesto muchísimo más que Wagner y que Verdi, y que gozaba más en que yo me equivocase para rozarme suavemente la mano al corregirme, que en oirme ejecutar á la perfección todas las piezas del repertorio; á los veinticinco tuve que separar su banqueta de la mía por... mamá que me llamaba la atención, y cuando llegó el mes... bueno, cuando llegó el mes no pasó nada, pero á los cuatro ó cinco días noté lo cortísima que me parecía la lección y ¡asómbrate! lo muchísimo que me equivocaba.

—¡Ja, ja, ja! Pero eso es tan vulgar como lo que yo te he contado.

—Hasta aquí, sí; pero no en adelante, verás. El ya tenía en casa gran confianza con todos... menos conmigo, y no por mi causa; hasta mi padre le llegó á decir que me trataba con mucha etiqueta. ¿Cómo iba á suponer que no pasados muchos días iba él mismo á echarle de la casa? En mi vida he visto un hombre más cobarde y más respetuoso... Lo contrario que aquel Rodrigo Bermúdez, que se empeñó en ver si mis caderas eran postizas. Por supuesto que yo gozaba viéndole sufrir, aunque por otra parte me daba lástima (ya sabes tú que tengo buen corazón); ¡pero ea, al grano! ya te veo muriendo de impaciencia.

—Sí, chica, lo confieso.

—Seré breve: mi padre llevó un día música nueva y nos pusimos á hojearla. Había, entre otras cosas, el álbum de sonatas de Beethoven, y él, señalándome una de ellas, me dijo con tono insinuante, confidencial: «Mire, Fuensanta, ¿sabe usted cómo le llama á esta sonata un amigo mío? *La Celestina;* es de las más inspiradas y llenas de pasión del gran artista. ¿Quiere usted oirla?» Y se puso á tocarla con su acostumbrada maestría, poniendo en ella toda su alma, y no sus ojos, porque esos los tenía en mí, con tal fijeza, que parecían decir una porción de insultos y procacidades de las que no había derecho á quejarse.

—¡Qué bien, chica!

—¡Qué bien! Yo pregunté después á Paquita Luna, que, á su vez, para contestarme, tuvo que preguntárselo á su novio, el significado de *La Celestina*... ¡No me interrumpas; ya te lo diré luego!



¡...!

—Bueno, sigue. Mi impaciencia crece.

—Parece que te interesa la historia ¿eh?

—Como si fuera mío.

—Empezó á tocar, ¡y de qué manera!... Yo nunca he sentido tantas y tan variadas impresiones; parecía que las notas iban despertando en mi ser sensaciones vagas de goces sin cuento: gratísimos sueños de otoño en el alma, vivificador despertar de primavera, ansias espasmódicas, ni aun presentidas, en el cuerpo. Mis nervios hacían temblar con movimientos isócronos mis piernas, que fatalmente tocaban las

suyas. La sangre afluia violentamente á mi rostro, y parecía como una bofetada que me dieran desde mi interior.

Eloisa suspiró.

—Creo que era la sonata catorce; sí. Primero venía el *andante,* grave, solemne, augusto; eran verdaderos quejidos y deseos y lágrimas que daban ganas de llorar y de quejarse y de descubrir ignotos, recónditos deseos; después entraba valientemente el *allegro,* también como el *andante* lleno de pasiones sin límites... ¡Parecía que habían aprisionado en el pentagrama los amores y las tristezas de mil generaciones de veinte años! Yo, al volver las hojas, sentía sobre mi cara el aliento caliginoso, mareante, y parte de mi cabellera blonda tocaba la suya encrespada, la cual caía artísticamente sobre su frente amplia, surcada por venas enérgicas de un tono morado; su hombro y su brazo oprimían el hombro y el brazo mío... yo creo que las banquetas estaban bastante más cerca que en la tarde que me regañó mi madre. Del piano salían en acordes supremos, torbellinos de notas, ya graves, brillantes, cristalinas, las que modulando, como baladas de amores y cuentos de princesas seducidas por pajecillos encantados, reuníanse en un acorde nervioso, pujante y carnal que saturaba el ambiente de laxitud como si hubiera en la habitación muchas respiraciones, muchas flores y mucho humo. Sus manos corrían vertiginosas por el teclado, el cual se quejaba de su violencia en aludes de notas que atropellábanse en el clave, como en nuestros cuerpos las sensaciones... ¡Te juro que si Paquita Luna no me hubiera explicado lo que quería decir *La Celestina,* lo hubiera adivinado sin remedio!... Y el piano se calló de pronto, y yo sentí, ó me pareció sentir, una nube de besos en mi cara y una cárcel de abrazos en mi cuerpo... ¡Ay, Eloísa!...

Y su voz se ahogó de pronto, y empezó á sollozar incansable, como afligida de una gran desgracia; y Eloísa, cuya imaginación y cuyo deseo habían completado la narración interrumpida, la besuqueaba y consolaba diciéndole:

—¡No llores, tontina, no llores; si una falta así no puede Dios castigarla; si siendo por cariño no es malo; si nadie ha de saberlo; si después de lo sucedido él ha de casarse remediando la falta!... ¡No llores, tontina, no llores!

Y ella, levantando su cara llena de sorpresa, surcada de lágrimas, respondía ingenua, con voz apagada, entre sollozos:

—¡No, si no pasó nada!... ¡si lloro por eso!... ¡si lloro por eso!.. ¡si no pasó nada!...

Y sollozaba, lloraba inconsolable bajo el turbión de caricias de su compañera...

Alfonso Hernández-Catá

HUMORÁDITAS

Literata es Sofía
que no ha dado á la luz nada todavía.

Defendí en ocasiones diferentes
tu virtud y el candor de tus miradas...
¡y se ahogaron mis frases inocentes
entre una tempestad de carcajadas!

Soñé que eras honrada.
Sueño yo á lo mejor cada bobada!

Ten cuidado, Salomé.
que es *un punto* Bernabé
y otro *punto* es Angel Brú...
y por ambos puntos sé
los puntos que calzas tú.

¡Pobre de tí si hablase, Nicolasa,
el rincón del pasillo de tu casa!...

Que soy poco galante, Rosalía,
sé que dices con frases seductoras.
¿Poco galante yo? ¡Quién lo diría,
y elogio tu virtud á todas horas!...
¿ó es que no hay tal virtud, morena mía?

Por extraña influencia misteriosa
que adivinar no quiero,
tuvo la culpa, Rosa,
de tu desliz primero,
el piano de manubrio de un Vivero.

Ramón Asensio Más

COMPETENCIA DE SEXOS

Ilustrísimo señor Jefe Superior de la Policía gubernativa:

La que suscribe, soltera, dedicada á las labores muy naturales de su sexo, vecina de esta corte, con domicilio en la Costanilla de los Angeles, número 10, toda la casa, á V. S. con los respetos que le debe, expone:

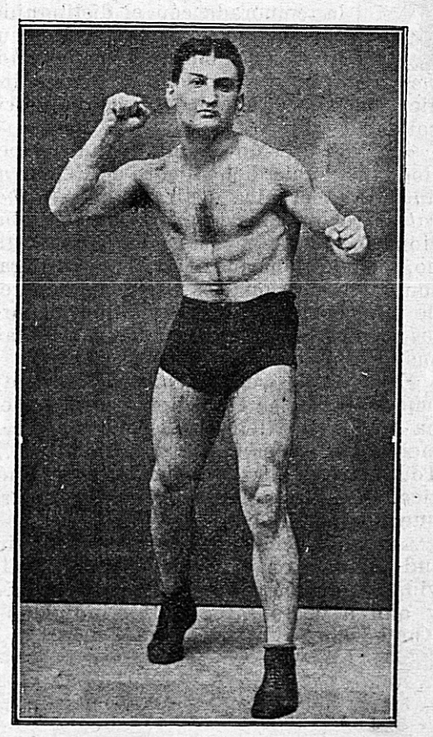
Que habiendo ido una noche al Teatro Nuevo y habiendo pasado al escenario con una antigua compañera que ahora es coupletista, vió cómo el señor Comisario del distrito, hombre cincuentón, calvo y barbudo, prohibía á la artista Sherezaida, por



Sherezaida

razones de moral, según decía, que saliera á escena con el traje lamido y recatado con que aparece en la fotografía que, como haya lugar, acompaño y retiro.

Otrosí, digo: que habiendo ido otra noche á la Ciudad Lineal con otra antigua compañera, que también ahora canta y baila, presencié una sesión de la lucha greco-romana, y vi cómo los luchadores, fuertotes, velludos, negros, feos, se exhibían en pelota «mismamente», conforme á la otra fotografía que como mejor proceda acompaño y dejo á V. S., y que los «polis» no decían «esta boca es mía».



Un «greco-romano»

Otrosí, digo: que apreciando en la comparación de tales hechos una inferioridad para mi sexo, protesto de ella y ruego á V. S. que dé orden de que se junte á Sherezaida y al «greco-romano» y se les iguale, vestidos ó desnudos; que esto me es igual.

Gracia que espero merecer de la notoria rectitud de V. S., cuyo fuero guarde Dios muchos años.

En Madrid, fecha «ut supra».

CASTA MORAL
Por no saber firmar,
Luis Botivardo

LA VIRTUD DE LA INDISCRECIÓN

PEDRO de Répide, mi buen amigo y compañero, admirado de letras, ha tenido el segundo percance de la temporada con el distinguido revolucionario portugués Homem Christo Junior, que será muy *homem,* pero no es tanto como su nombre indica, pues se desdice con lamentable frivolidad.

«La indiscreción es una virtud del periodista», había dicho Pedro de Répide al final de la crónica dedicada en *El Liberal* al revolucionario. Y llámole revolucionario, porque, por una ironía del destino, los reaccionarios de ayer en Portugal son los revolucionarios y los demoledores de hoy, como á su vez serán nuevamente los revolucionarios de mañana si triunfan sus ideales de restauración.

Es la ley del «retorno eterno», que cantó muchos siglos ha Heráclito, y pocos años ha Federico Nietzsche. Todo vuelve... menos las mujeres que nos traicionan... Todo vuelve... hasta Felipe Trigo de América. ¡Cuántos quisieran que se hubiera quedado por allá!...

La indiscreción es ciertamente una virtud, no sólo en el periodismo, sino en la vida de relación. Ella salva á los pueblos... y aun á veces salva á los individuos. ¡Quién sabe!

A este propósito voy á narraros una anécdota algo escabrosa, que tiene su moraleja correspondiente:

En cierta población de Asturias habitaba un matrimonio en santa paz y armonía. La mujer era «liviana de suyo», que decían nuestros padres, y el marido, confiado y simpaticón como un novillo del Duque de Tovar. Gran amigo mío, concedióme el regalo de su intimidad, y raro era el día en que no comía ó cenaba en su casa ó él en mi hospedaje. La mujer, derretida como el almíbar, golpeábame el pie por debajo de la mesa, aceptaba la presión de mi brazo sobre su seno, al descuido del esposo inflamaba mi carne ¡ay! asaz pecadora con el escabullirse de sus piernas entre las mías...

En fin, aquello iba poniéndose al «rojo blanco», y yo vi que se acercaba la hora de mi felicidad ó la de mi óbito, si el marido era sabedor de los nefandos planes de su esposa.

Por lo cual comencé á adoctrinarle en la muy noble y alta ciencia de la resignación, mostrándole bien á las claras cómo la vida es fugaz y perecedera, cómo el secreto de la felicidad consistía en sonreirse de todo, y cómo la clave de la vida la poseían los mansos de corazón, de los cuales «sería el reino de los cielos».

Mi cantilena perpetua era ésta:

—Para perdonar, por ejemplo, á una mujer adúltera, no tienes más que colocarte en el plano del amante... ¿Te gustaría á ti que te desollase un esposo ofendido por juguetear con una casadita alegre?... Afortunadamente, tú tienes por mujer á una Lucrecia... ¡Colócate en el plano, querido amigo!...

Un mi amigo, mordaz y enredador como pocos, tuvo sospechas ó acaso confidencias malignas de que yo codiciaba á la mujer de ese prójimo y quizá cercioróse de que yacía con ella (como así era), y juzgó muy prudente ir al marido con el cuento.

—Mira, muchacho, no te enfades, pero yo creo que ese sujeto (era yo) te la pega con tu esposa... Pero no lo tomes por la tremenda; ¡colócate en el plano de ese caballerete!...

El marido, que tenía en mí una fe más loca que el conde de Romanones en el talento de Requejo, no dudó ni por un instante de mi inmaculada honestidad y descargó una granizada de mamporros y bastonazos sobre el mancillador de la honra de su dama!...

—¡Colócate en el plano del amante!—gemía el dolorido.

—¡Qué plano ni qué niño muerto!... Lo que te voy á colocar es en el cementerio como chilles más!...

He aquí cómo la indiscreción de un chico lenguaraz salvó la vida á un ciudadano honorable, que no tenía otro vicio sino el de «dejarse querer» por la mujer de un prójimo.

Como la castidad es «una virtud de ópera cómica», según dijo Stendhal, podríamos decir que la indiscreción es una virtud de drama serio...

Andrés González-Blanco

NOCTURNO

Como globos de luz en el espacio,
calaban luceros infinitos,
el cielo azul, donde la blanca luna
lanzaba sus fulgores cristalinos.
Las auras preludiaban su armonía,
el mar cantaba sus gigantes himnos
y los verdes cipreses que velaban
junto á las puertas del feudal castillo,
inclinaban sus copas dulcemente
remedando cantares y suspiros.
Juntos los dos, tus manos en mis manos,
tus negros ojos en mis ojos fijos,
oyendo de los mares y los vientos
ecos sonoros y armoniosos ritmos,
en mundo de ilusiones naufragamos,
en nubes de pasión nos envolvimos
y en tus labios de rosa blandamente
un dulce beso se quedó dormido.

Narciso Díaz de Escovar

CHISMES DE LA SEMANA

¡A cumplir su palabra!

«Batatita» está inconsolable por nuestras indiscreciones. El presidente del Consejo le tomó unos cuantos rizos durante una comida que celebraron hace pocas noches; cuando entra en los Ministerios á gestionar algo para su distrito, los porteros, los escribientes y los jefes de Negociado se sonríen abanicándose con LA HOJA DE PARRA; de Algeciras le escriben cartas irónicas y en la calle los chiquillos le cantan, haciendo corro, los «couplets» de

El buen señor
es un conquistador.

Hace cinco ó seis días, porque un guasón le dijo que *España Nueva* pensaba dedicarle unos cuantos «Pim-Pam-Pum», firmados por «Tartarín» y Tomás Borrás, «Batatita» se colgó del teléfono pidiendo á la redacción por Dios y por todos los santos del Martirologio que no le comprometiesen.

El simpaticote Manolo Latorre, siempre amable, sonrió y se compadeció de «Batatita».

A nosotros, que tenemos también una regular dosis de indulgencia para los deslices amorosos de ambos sexos, nos parecería disculpable la conducta de «Batatita» si no nos constase que se vale para la conquista de corazones de igual procedimiento que el que utiliza para el logro de actas. Prometer mucho... y cumplir algo.

¿No es verdad que ha ofrecido á cierta muchachita comprarla un vestido de concierto? ¿No es verdad que desde la fecha del ofrecimiento va transcurrido tiempo bastante para empezar á sospechar del cumplimiento de la palabra?

Si en el plazo de quince días la bailarina en cuestión luce sobre las tablas el traje de «Batatita» nosotros hacemos aquí punto final.

«E si non, non».

¡Las palabras hay que cumplirlas, querido «Batatita»! Y un dispendio de doscientas pesetas cualquiera lo hace. Porque cuarenta duros salen de cualquier lado.

Demanda original.

Ella es una señora conocidísima en Madrid. Cuarentona, opulenta de carnes, con los cabellos admirablemente rubios y ostentando en el sombrero, tanto en invierno como en verano, unas lloronas azules de subido precio, todas las tardes pasea por la Castellana en un «landeau» regido por un auriga con librea color café.

El es un periodista joven, muy delgado y muy atildadito, que lo mismo escribe de música que de tribunales.

Hace cuatro ó cinco meses que se conocieron, y nada parecía presagiar la tormenta que está á punto de anonadarles. Por el contrario, ella y él, de más á más en lo de anhelarse, no se recataban ni en el teatro, ni en el paseo, ni en las reuniones, y sus miradas se buscaban cuando no se buscaban sus manos.

Pero he aquí que la dama, según nos dicen, tiene redactada una querella contra su doncel por no sabemos qué malos tratos.

¿Es que se pegaron en un rapto de celos? ¿Es que se excedieron en un momento de pasión?... El Juzgado lo dilucidará en su día. Lo cierto es que la opulenta rubia de las plumas azules se queja de dolores en un ojo, y que el flaco y atildadito periodista dice que lo del ojo no es nada de particular.

Y lo corrobora afirmando que con otras le ha sucedido lo mismo y no han protestado más que el primer día...